

pletamente de noche, y un viento impetuoso levantaba torbellinos de polvo inflamado. Aquel viento debía de ser pariente próximo del siroco africano, y no sé cómo no nos asfixió. Desaparecían las formas de los objetos en la polvorienta niebla, y el cielo, generalmente espléndido en las noches estivales, parecía la bóveda de un horno.

Entramos en Granada sobre las dos de la mañana y bajamos en la fonda del Comercio, fonda llamada á la francesa, donde no había sábanas en las camas, y tuvimos que dormir vestidos en las mesas, pero aquellas tribulaciones nos afectaban poco porque estábamos en Granada y nos faltaban pocas horas para ver la Alhambra y el Generalife.

Nuestra primera diligencia fué que nos indicaran una casa de pupilos, porque como pensábamos estar bastante tiempo en Granada, la hospitalidad mediana de la fonda del Comercio no nos convenía. Se nos llevó á una casa muy decente, cerca de la plazuela de San Antonio, á dos pasos de la carrera del Darro. La dueña de la casa había vivido mucho tiempo en Marsella y hablaba francés, razón determinante para nosotros, cuyo vocabulario era muy limitado.

Nos dieron un cuarto en el piso bajo, blanqueado y sin más muebles que un rosetón de colores en el techo, pero tenía la ventaja de dar á un patio rodeado de columnas de mármol blanco con capiteles moriscos, procedentes de la demolición de algún antiguo palacio árabe. Un estanquito con surtidor conserva la frescura, y un toldo cierne los rayos del sol. Allí comíamos, leíamos y vivíamos, sin entrar en la habitación más que para vestirnos y dormir. A no ser por el patio, en las casas de Andalucía no se podría vivir. La especie de vestíbulo que lo precede está generalmente empedrado

con guijarrillos de colores variados, formando dibujos de mosaico toscos.

Desde lo alto de nuestra morada, coronada con una especie de mirador, se veían sobre la cresta de una colina las macizas torres de la Alhambra, revestidas de tonos rojos por el sol. Completaban el contorno dos cipreses grandísimos, cuyas puntas negras se erguían en lo azul por encima de los muros colorados. Los cipreses aquellos nunca se pierden de vista: ya subiendo las nevadas laderas de Mulhacen, ya andando por la vega ó por Sierra Elvira, siempre se los encuentra en el horizonte, sombríos, inmóviles, en la nube de vapores azulados. Granada está construída sobre tres colinas: las Torres Bermejas, á las cuales se atribuye origen romano ó fenicio, ocupan la primera y menos elevada; la Alhambra, que es toda una ciudad, cubre la segunda y más alta con sus torres cuadradas unidas por altas murallas que encierran en su recinto jardines, casas y plazas; el Albaicín está sobre la tercera, separada de las otras por un barranco hondísimo, lleno de alfonsigos, granados, cactus, adelfas y flores; por su fondo corre el Darro con la rapidez de un torrente de los Alpes. El Darro, que acarrea oro, atraviesa la ciudad, ya al descubierto, ya por debajo de puentes largos, y se reúne en la vega, á poca distancia del paseo, con el Genil, que no acarrea más que plata. Esta carrera del torrente produce algunos derrumbamientos; así es que una copla antigua que cantan los niños alude á esa circunstancia en la forma siguiente:

Darro tiene prometido  
casarse con el Genil,  
y le ha de llevar en dote  
plaza Nueva y Zacatín.

Los jardines llamados Cármenes del Darro, de los cuales hacen encantadoras descripciones las poesías españolas y moriscas, están en las orillas, subiendo hacia la fuente de los Avellanos.

Granada es algo risueña, animada, aunque ha decaído mucho su antiguo esplendor. La petulancia andaluza da á las calles un movimiento y una vida desconocidos entre los graves castellanos. Esto que decimos se aplica especialmente á la carrera del Darro, al Zacatin, á la plaza Nueva, á la calle de los Gomeles, á la plaza del Teatro y á las cercanías del paseo. Lo demás de la ciudad lo surcan en todos sentidos inextricables callejuelas de tres ó cuatro pies de ancho, donde no pueden entrar los coches y que recuerdan las calles moras de Argel. No se oye en ellas más ruido que el que hacen las herraduras de un mulo ó de un borrico que arranca una chispa á los guijarros del empedrado, ó el rasguear monótono de una guitarra en el fondo de un patio interior.

La clase media viste á la francesa, pero el pueblo no sigue afortunadamente la moda de París. Conserva el calañés, la chaqueta historiada con alamares, la faja colorada ó amarilla, las polainas de cuero abiertas por el lado, pero todo más brillante, más florido, más rameado, más cargado de oropeles y adornos que en las otras provincias.

Dos pañuelos de colores, cuyas puntas cuelgan fuera de los bolsillos de la chaqueta, y una navaja atravesada en la faja, son el colmo de la elegancia para el majo.

Tanto me sedujo el tal traje, que inmediatamente quise encargarme uno. Me llevaron á casa de don Juan Zapata, hombre de gran fama para trajes nacionales y que profesaba á fraques y levi-

tas un odio igual al mío. Al ver que yo participaba de sus antipatías, desahogó sus amarguras y declamó elegías sobre la decadencia del arte. Recordó, con un pesar que halló eco en mi corazón, los tiempos en que un extranjero vestido á la francesa habría sido silbado en la calle y perseguido á naranjazos, y la que los toreros llevaban chaquetas bordadas que valían más de 500 pesetas.—¡Ay señor!—me dijo mientras acababa de tomarme las medidas—; ya no compran trajes españoles más que los ingleses.

Quería tanto el señor Zapata á los trajes que hacía, que le costaba trabajo entregárselos á los parroquianos. Cuando fui á probarme el traje le deslumbró tanto el brillo de un jarrón de flores bordado en mitad de la espalda sobre el fondo obscuro del paño, que sintió una alegría loca y empezó á hacer mil extravagancias. Después le acometió de pronto la idea de que tenía que dejar en mi poder aquella obra maestra, y desapareció su júbilo. No sé con qué pretexto de arreglo, entregó la chaqueta á un dependiente (porque un sastre español se consideraría deshonrado si cargara con un bulto) y se fué como alma que lleva el diablo, dirigiéndome una mirada hosca é irónica. Al día siguiente volvió solo, y devolviéndome el dinero que le había dado, me dijo que le daba mucha lástima separarse de la chaqueta. No logré que volviera sobre su acuerdo más que ponderándole el excelente efecto que haría en París aquella muestra de su talento.

Las mujeres han tenido el buen gusto de no soltar la mantilla, que es el más delicioso tocado para una cara española; con él van por calles y paseos, con claveles en las sienes y manejando el abanico con gracia y ligereza incomparables. Raro

es encontrar á una mujer con sombrero en Granada. Ya conservan las elegantes bien guardada alguna fealdad de esas que reservan para las ocasiones solemnes; pero éstas, gracias á Dios, son raras y los horribles sombreros no ven la luz más que el día del santo de la reina ó en las sesiones solemnes del Liceo. ¡Ojalá no entren jamás nuestras modas en la ciudad de los califas ni se realice nunca la terrible amenaza contenida en estas dos palabras pintadas con letras negras junto á una encrucijada: *¡Modista francesa!*

Para ir á paseo se sigue la carrera del Darro, se atraviesa la plaza del Teatro, donde se yergue una columna fúnebre erigida á la memoria de Maíquez por Julián Romea, Matilde Díez y otros actores dramáticos frente á la fachada del Arsenal.

Seguramente es la Alameda de Granada uno de los sitios más agradables del mundo: le llaman *Salón*, raro nombre para un pasec. Figúrese el lector larga alameda con varias filas de árboles de un verdor único en España, terminada en cada extremo por una fuente monumental, con dioses acuáticos de una deformidad muy curiosa. Por los paseos laterales corren por cauces de guijarrillos de colores arroyuelos de cristalina transparencia. Un jardín, adornado con surtidores, lleno de flores y arbustos, mirtos, rosales y jazmines, ocupa el espacio comprendido entre el Salón y el Genil y se extiende hasta el puente levantado por el general Sebastiani cuando la invasión francesa. El Genil viene de Sierra Nevada atravesando bosques de laureles de belleza incomparable. El vidrio y el cristal resultan opacos comparados con la pureza de esa agua que la víspera formaba llanuras de plata en las blancas cimas de Sierra Nevada. Es un torrente de diamantes líquidos.

En el Salón, de siete á ocho de la noche, se reúnen los lechuguinos de ambos sexos, y no puede darse nada más encantador que los grupos que forman las jóvenes con mantilla, desnudos los brazos, llena la cabellera de flores, calzadas con zapatos de raso, armada la mano con el abanico y seguidas á alguna distancia de amigos y pretendientes, porque en España no se estila dar el brazo á las solteras. Esta separación perpetua de los sexos, en público á la menos, huele ya á Oriente.

Difícil es que se formen los hombres del Norte una idea de la alameda de Granada al ponerse el sol. La Sierra Nevada, cuya cresta domina la ciudad por aquella parte, tiene matices increíbles. Todas las fragosidades, todas las cimas heridas por la luz, aparecen sonrosadas, pero con un color de rosa deslumbrador, ideal, fabuloso, atravesado por reflejos irisados y opalinos, con tonos de nácar, transparencias de rubí, venas de ágata y venturina. Los valles, los desfiladeros, todos los sitios adonde no alcanzan los rayos del ocaso, son de un color azul que puede competir con el del cielo, el mar y el zafiro; aquel contraste entre la luz y la sombra es de un efecto prodigioso; la montaña parece que se ha puesto un manto de seda cambiante; bórranse poco á poco los espléndidos colores, fúndense en medias tintas moradas, la tiniebla invade las lomas inferiores, sube la luz hasta las elevadas cumbres y cuando hace tiempo que la llanura está sumida en la obscuridad, certellea aún la diadema de plata de la sierra en el sereno cielo al beso de despedida del sol.

La vida que hacíamos era la siguiente: por la mañana andábamos por la ciudad, paseábamos por la Alhambra ó el Generalife, y luego visitábamos aquellas casas donde habíamos estado la noche an-

terior de tertulia; cuando no íbamos más que dos veces al día, nos llamaban ingratos y nos recibían con tanta benevolencia, que á nosotros mismos nos parecíamos huraños y mal educados.

Tal pasión nos inspiraba la Alhambra, que no contentos con visitarla diariamente, nos propusimos vivir en ella, no en las casas cercanas, que suelen ser alquiladas por subido precio á los ingleses, sino en el mismo palacio, y gracias á nuestros amigos de Granada conseguimos, no que se nos autorizara para ello, sino que se hiciera la vista gorda. Cuatro días y cuatro noches permanecemos allí, y no he pasado horas más deliciosas en mi vida.

Para ir á la Alhambra pasamos por la plaza de Bibarrambla, en la cual, y en otros tiempos se celebró toros el valiente Gazul. La pescadería está en un rincón de la plaza, y en medio de ésta un pueblo de cambiantes y vendedores de alcazares de sandías, de romances, de cuchillos, de relojes y otros industriales al aire libre. El Zacatín conserva el nombre morisco, une Bibarrambla con la plaza Nueva. En esta calle se agita todo el comercio de Granada: sombrereros, sastres, zapateros y pañeros ocupan casi todas las tiendas, en las cuales se desconocen los refinamientos del lujo moderno. A todas horas está lleno el Zacatín: ora son estudiantes de Salamanca que corriendo la tuna, tocan guitarras, castañuelas y panderetas y cantan coplas llenas de gracia é intención, ora gitanas con vestidos azules llenos de volantes y sembradas de estrellas y pañuelos amarillos, despeinadas, luciendo collares de coral, ora reatas de burros cargados con enormes cántaros, arreados por un muchacho de la vega, tostado como un africano.

El Zacatín desemboca en la plaza Nueva, uno de cuyos lados ocupa el soberbio palacio de la Chancillería, notable por sus columnas de orden rústico y la severa riqueza de su arquitectura; atravesada la plaza, se empieza á subir la calle de los Gomeles, en cuyo término empieza la jurisdicción de la Alhambra.

Como al lector pudiera parecerle mi descripción (ajustada á la más escrupulosa exactitud) inferior á la idea formada de antemano, he de advertirle que la Alhambra, palacio fortaleza de los antiguos reyes moros, no tiene el aspecto que la imaginación le presta. Espera uno ver azoteas, alminares y columnatas. Nada de eso hay en realidad.

De fuera no se ven más que torres macizas de ladrillo ó de pan tostado, construídas en diferentes épocas por los principes árabes. Dentro, y galerías decoradas con extraordinaria elegancia, pero sin grandiosidad. Hecha la advertencia, prosigo.

Al salir de la puerta de las Granadas, se encuentra al visitante en el recinto de la fortaleza y bajo la jurisdicción de un gobernador especial. Dos caminos hay: tomemos el de la izquierda, que lleva á la fuente de Carlos V; es el más escarpado, pero el más corto y pintoresco. Los arroyos corren rápidos y dan frescura á los árboles, pertenecientes casi todos á las especies del Norte. El murmurar del agua se mezcla con el estridente canto de cigarras y grillos, cuya música nunca cesa, y que, á pesar de la frescura, despierta ideas meridionales y tórridas. De todas partes brota agua, de debajo del tronco de los árboles, de entre las rendijas de las paredes. Cuanto más calor hace más abunda el agua, porque los manantiales se alimentan de nieve. Esa mezcla de agua y nieve y fuego, da á

Granada un clima simpar, la convierte en paraíso terrenal.

En lo alto de la cuesta hay una gran fuente monumental, dedicada al emperador Carlos V, con innumerables divisas, blasones, victorias, águilas imperiales y medallones mitológicos, según el gusto romano alemán. Dos escudos con las armas de la casa de Mondéjar indican que el marqués don Luis de Mendoza erigió el monumento en honor del César de la barba roja.

La puerta del Juicio fué construída por Yusuf Abul Hagigg hacia el año 1348 de la Era Cristiana, y se le puso ese nombre por la costumbre musulmana de administrar justicia en el umbral de los palacios. Más merece el calificativo de torre que de puerta la construcción de Yusuf Abul Hagigg, porque es una torre cuadrangular, muy alta, y con un arco en forma de corazón, al cual dan trazas cabalísticas los jeroglíficos de la mano y la llave, grabados en hueco en dos piedras separadas. La llave es un símbolo muy venerado por los árabes á causa de un versículo del Alcorán que empieza con las palabras *Haabierto*, y de otros varios significados herméticos. La mano está destinada á conjurar el mal de ojo, la *jettatura*, como las manitas que llevan los napolitanos como dijes de cadena con el mismo objeto. Una antigua predicción aseguraba que no sería tomada Granada hasta que la mano cogiera la llave. Hay que declarar, para vergüenza del Profeta, que los dos jeroglíficos siguen en el mismo sitio, y que Boabdil, el Rey Chico, exhaló fuera de Granada conquistada aquel gemido histórico, el suspiro del Moro, que ha dado nombre á una peña de Sierra Elvira. Aquella torre almenada es una majestuosa y espléndida entrada del palacio árabe.

Salvada la puerta, se entra en una gran plaza llamada de los Algibes, en cuyo centro hay un pozo. Rodea su brocal una especie de cobertizo. Junto á éste se beben, por un cuarto, vasos de agua clara como el diamante, helada como la nieve. La torre Quebrada, la del Homenaje, la de la Armería y la de la Vela y pretiles de piedra ocupan un lado de la plaza; el otro lo llena el palacio de Carlos V, obra del Renacimiento, que se admiraría en cualquiera otra parte, pero que se maldice aquí al pensar que hubo que derribar una parte de la Alhambra para levantar aquella pesada masa. Dibujó tal Alcázar Alonso Berruguete: los trofeos, bajorrelieves y medallones de la fachada, han sido trabajados por un cincel altivo, atrevido y paciente; el patio circular, con columnas de mármol, es magnífico.

Se entra en la Alhambra por un pasillo situado en un rincón del palacio de Carlos V, y se llega, dando algunos rodeos, al patio que se llama de los Arrayanes, de la Alberca ó del Mezuar, que significa en árabe baño de las mujeres.

En medio del patio hay un estanque de tres ó cuatro pies de profundidad, en forma de paralelogramo, rodeado de arrayanes, terminado en ambos extremos por una como galería de columnas delgadas, que sostienen arcos de herradura delicadísimos. Á la izquierda están los archivos y una habitación donde está abandonado, entre residuos de todas clases, el magnífico jarrón de la Alhambra, de unos cuatro pies de altura, cubierto de adornos é inscripciones, monumento de inestimable rareza que por sí solo honraría á un museo y que se está echando á perder, gracias á la incuria española, en un rincón. Por aquella parte están también los pasos que conducen á la antigua mezquita, con-

vertida en iglesia. A la derecha están las habitaciones de la servidumbre. En el fondo, encima del tejado que ha sustituido á las vigas de cedro y á las tejas doradas de la techumbre árabe, se alza majestuosa la torre de Comares, cuyas almenas rojas resaltan en la admirable limpidez del cielo. Esta torre encierra el salón de Embajadores y comunica con el patio de los Arrayanes por una especie de antesala llamada de la Barca. El atrevimiento de sus arcos, el enlace de sus arabescos, los mosaicos de sus paredes, la labor de su bóveda estucada y pintada de azul, verde y rojo, forman conjunto original y caprichoso.

A cada lado de la puerta que da al salón de Embajadores, hay dos aberturas de mármol blanco, delicadamente esculpidas, donde los moros antiguos depositaban las zapatillas antes de entrar, en señal de respeto.

El salón de Embajadores ocupa toda la parte interior de la Torre de Comares. El artesonado de cedro presenta las combinaciones matemáticas tan familiares á los arquitectos árabes. Todos los pedazos están colocados de modo que sus ángulos entrantes ó salientes formen infinita variedad de dibujos; desaparecen las paredes bajo una red de adornos tan juntos, enlazados tan inextricablemente, que sólo se pueden comparar á un montón de encajes reunidos. La arquitectura gótica se queda tamañita. Uno de los caracteres del estilo árabe consiste en ofrecer poquísimos relieves y perfiles. Toda la ornamentación se desarrolla en planos lisos y la distingue un elemento particular, que es la escritura árabe como motivo decorativo. Las inscripciones, que suelen ser *suras* del Alcorán ó elogios á los diversos príncipes que edificaron los salones, se desarrollan á lo largo de los frisos,

alrededor de los arcos de las ventanas, en los marcos de las puertas, mezcladas con flores, follajes, lazos y todas las riquezas de la caligrafía árabe. Desde la ventana del testero de este salón se disfruta una maravillosa vista del Darro.

La mayor parte de los adornos están hechos con moldes, y nada más fácil que reproducir un salón de la Alhambra. Dos arcos de la sala del Tribunal, que se habían derrumbado, han sido reconstruidos por obreros de Granada, con gran perfección. Si yo fuese millonario, mi primer capricho sería el de repetir el patio de los Leones en una finca mía.

Del salón de Embajadores se va, por un corredor de construcción relativamente moderna, al tocador de la Reina, pabelloncito situado en lo alto de una torre, desde la cual se goza del más admirable panorama. A la entrada se ve una losa de mármol blanco perforado con agujerillos, que servían para dar paso al humo de los perfumes quemados debajo del pavimento. En el friso se enlazan con grupos de amorcillos las iniciales de Isabel y Fernando V. Difícil es soñar algo más coquetón y encantador que este camarín de columnillas árabes, colgado sobre azulado abismo, donde se respiran los aromas del Generalife y se oyen los chillidos de los pavos reales. Muchas horas pasé allí, en una melancolía serena, muy distinta de la melancolía septentrional, encargando á mi vista que apreciara bien todas las formas, todos los contornos del admirable cuadro, que nunca volvería á contemplar. No hay descripción ni pintura que den idea de aquel brillo, de aquella luz, de aquella viveza de matices. Al acabarse el día, el efecto es inconcebible. Centellean los montes como montones de rubies, topacios y carbunclos: dorado polvo

baña los huecos, y las humaredas de cáñamo quemado que lentamente se elevan al cielo toman reflejos mágicos á los rayos del sol poniente.

Atravesemos sin parar el jardín de Lindaraja, terreno inculto, invadido ya por la maleza, y entremos un momento en los baños de la Sultana, revestidos de azulejos. Una fuente ocupa el centro de la habitación; dos especies de alcobas hay en las paredes. Aun se ven, á quince pies del suelo, las tribunas donde se colocaban músicos y cantores. Los baños son grandes tinas de mármol blanco de una pieza, colocadas en gabinetitos que iluminan tragaluces calados. No hablaré, para evitar fastidiosas repeticiones, de la sala de los Secretos, donde se observa un efecto acústico muy raro, ni de la sala de las Ninfas, donde se ve encima de la puerta un excelente bajorrelieve que representa á Leda y á Júpiter transformado en cisne, de una libertad de composición y una audacia de cincel extraordinarias, ni de las habitaciones de Carlos V, de las cuales lo único curioso que queda son los techos con la ambiciosa divisa *Non plus ultra*. Hablaré del patio de los Leones, lo más curioso y mejor conservado de la Alhambra.

Este patio tiene 120 pies de largo y 73 de ancho, y las galerías que lo rodean no pasan de 22 de altura. Las forman 128 columnas de mármol blanco, colocadas en simétrico desorden, de cuatro en cuatro y de tres en tres; estas columnas, cuyos capiteles, muy adornados, conservan huellas de colores y de oro, sostienen arcos de extremada elegancia.

Al entrar se encuentra de frente, formando el fondo del paralelogramo, la sala del Tribunal, cuya bóveda tiene un monumento artístico, de precio y rareza inestimables, consistente en pinturas ára-

bes, quizá las únicas que han llegado hasta nosotros. Una representa el mismo patio de los Leones, con la fuente fácil de conocer, pero dorada; algunos personajes (que lo antiguo de la pintura no permite distinguir bien) parece que justan. La otra figura una especie de diván, donde están reunidos los reyes moros de Granada. Dícese que estas pinturas están hechas sobre cuero preparado y pegado á tabloncillos de cedro, y prueban que el precepto del Alcorán que prohíbe la representación de seres animados no era observado muy escrupulosamente por los moros, lo cual confirman los doce leones de la fuente.

A la izquierda, hacia la mitad de la galería, está la sala de las Dos Hermanas, llamada así por dos inmensas losas de mármol blanco de Macael, muy iguales, que forman parte del pavimento. La media naranja es un prodigio de arte y de paciencia. Se parece al panal de una colmena, á las estalactitas de una gruta. Millares de bovedillas, de cúpulas de tres ó cuatro pies que nacen unas de otras, cruzando y cortando á cada paso sus aristas, más parecen producto de fortuita cristalización que obra humana. Los colores azul, rojo y verde brillan en los huecos con resplandor tan vivo como si acabasen de ser pintados. Cubren las paredes casi por completo bordados de estuco de complicación y delicadeza increíbles. En medio de la habitación hay un surtidor. Otros cuatro se ven debajo del pórtico del Tribunal, otros tantos debajo del de entrada, otro en el salón de Abencerrajes. Toda el agua que de tantas fuentes procede, baja hasta el pie de la de los Leones, y allí desaparece por una cañería subterránea.

No describiré el salón de los Abencerrajes, muy parecido al de Dos Hermanas.

La Taza de los Leones goza en las poesías árabes de una reputación maravillosa, y no hay elogio que no se aplique á aquellos soberbios animales; pero he de declarar que es difícil inventar algo menos semejante á leones que tales productos de la fantasía africana. Ni las patas, ni los hocicos, ni los ojos, recuerdan al león, pero los doce monstruos, tomados como quimeras, como capricho decorativo, producen, con la taza que sostienen, un efecto pintoresco y lleno de elegancia, que obliga á dar por buenas las alabanzas contenidas en una inscripción árabe de veinticuatro versos grabada en la misma fuente.

En el pilón de ésta cayeron las cabezas de los treinta y seis abencerrajes cogidos en un día de los zegríes.

En ese patio habíamos establecido nuestro tel general. El mueblaje consistía en dos sillas (que se metían de día en cualquier rincón), un pilón de cobre, un cántaro y algunas botellas de Jerez que se refrescaba en la fuente. De noche ya en la sala de las Dos Hermanas, ya en el patio de los Abencerrajes, y no dejaba de causarme cierto placer ver, tumbado en mi capa, cómo daban los rayos blancos de la luna, á través de las aberturas de la bóveda, en el agua del pilón y en el reluciente piso, cruzándose con la llama amarillenta y trémula del velón. Veníanseme á la memoria las tradiciones populares que recopiló Washington Irving en sus *Cuentos de la Alhambra*; parecíanme verosímiles las historias del *Caballo sin cabeza* y del *Fantasma melencólico* gravemente narradas por el padre Echevarría. De noche parecen más creíbles las leyendas, en las tinieblas atravesadas por reflejos inciertos que dan á los objetos, esbozados vagamente, apariencias fantásticas. La duda es

hija del día; la fe de la noche, y lo que más me asombra es que Santo Tomás haya creído en Cristo después de haberle tocado las llagas. Juraría que vi á los abencerrajes pasearse por las galerías, á la luz de la luna, con la cabeza debajo del brazo. Las sombras de las columnas tenían formas muy sospechosas, y la brisa, al pasar por los arcos, imitaba muy bien la respiración humana.

Muy cerca de la Alhambra está el Generalife, al cual se va por un camino hondo que cruza el barranco de los Molinos, lleno de higueras, de carrascas, de alfónsigos, de laureles y de jaras de una vegetación poderosísima. El suelo se compone de arena amarilla empapada en agua y de extraña fertilidad. Es muy hermoso el tal campo, que parece trazado en un bosque virgen de España. Brotan las parras de las rendijas de las paredes, y cuelgan de las ramas las espirales de los campanos; abre el áloe el abanico de hojas; ve el naranjo la nudosa madera y se agarra á las raíces á todas las fragosidades. Alguna vez el jazmín mezcla sus estrellas blancas con las rojas flores del granado. Abandonada la Naturaleza á sí misma, parece que quiere alardear de su superioridad sobre el arte, por exquisito y sabio que sea éste. El Generalife viene á ser la casa de campo de la Alhambra. La parte exterior es muy sencilla: paredones sin ventanas, coronadas con un miradorcillo moderno. Poco queda del Generalife, y los arcos y tableros llenos de arabescos los van estropeando con capas de lechada cal, renovadas con abominable perseverancia. Poco á poco las esculturas delicadas se tapan y desaparecen. Lo que es hoy una pared, era en otro tiempo un encaje con calados tan finos como los que cancelan en hojas de marfil para abanicos los pacientes chinos.